

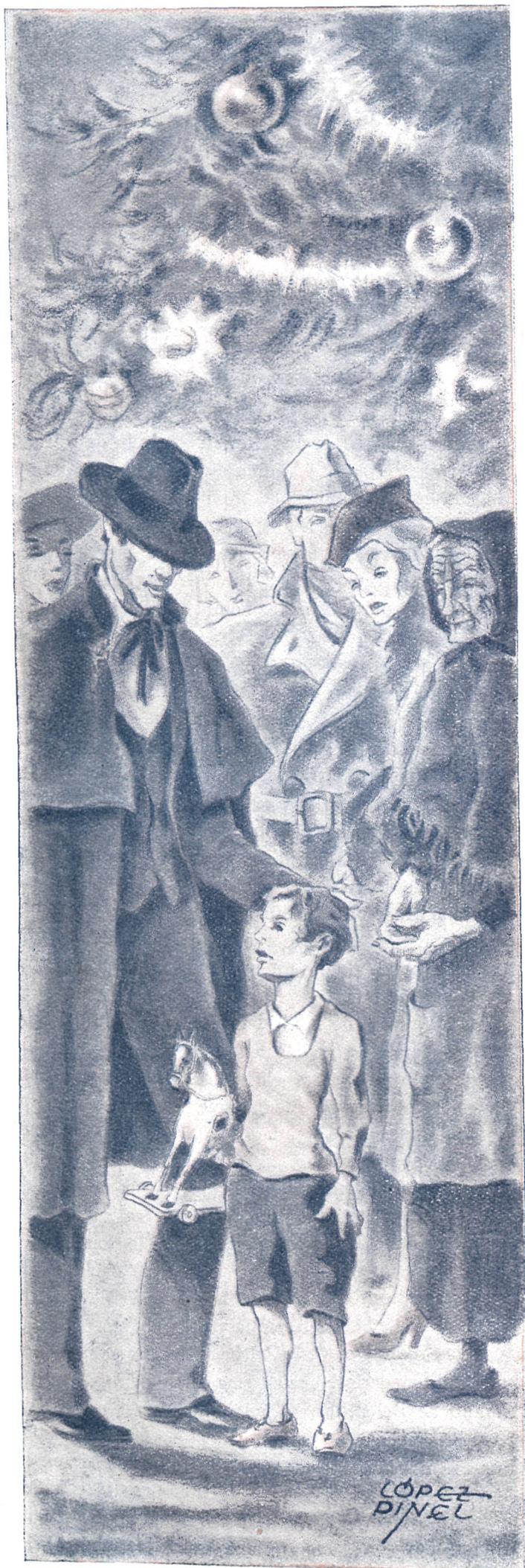
HACE cinco lustros, ya muy largos de talle, que inauguró su mercado Madrid-París. Establecido en todo el edificio que ocupa la manzana de la Gran Vía, entre las calles de Mesonero Romanos y Concepción Arenal, jamás había conocido Madrid una tienda de tamañas proporciones y tan suntuosamente dispuesta. Abría por primera vez sus puertas en vísperas de Reyes, y la muchedumbre invadió el anchuroso almacén que traía a la capital de España el aire de los grandes bazares cosmopolitas. Todo el interior del enorme edificio era un patio, rodeado de galerías hasta la última planta, y en el centro del patio, un ár-

bol descomunal casi tocaba la techumbre, muy emperifollado e iluminado con bombillas multicolores. Aquel árbol, el primero ofrecido ostentosamente a la admiración del vecindario madrileño, echó hondas raíces y de él hubo de salir el bosque destinado a borrar la senda de los Reyes Magos. Desde entonces, año tras año se multiplicó el arbolito y, tímidamente al principio y con desenfadada confianza después, se nos metió en casa de rondón Papá Noel, ese vejete del saco a la espalda, que nadie sabe de dónde viene y que nada significa en las tradiciones ibéricas.

El snobismo de una genté afanosa de elegancias foráneas, que incautamente daba los primeros pasos sobre la mina que había de hacer explosión doce años después, sustituía la cena hogareña por el «*reveillon*» carnavalesco, y en más de una morada aparecía el ramito de muérdago que, colgado de un dintel, autoriza a besar a la doncella que bajo él se detiene. Madrid, y también la provincia, desertaba de la Navidad familiar y llenaba los restaurantes y los cabarets, mientras la turba alborotaba la calle como en noche de antruejo. Y así hacía Papá Noel su obra de transformar nuestra fisonomía racial en caricatura jibosa y desnarigada.

Sin embargo, de la atmósfera extranjerizante, no faltó aquella noche la anécdota madrileña, al estilo del sainete de Carlos Arniches. Fué que un celador del bazar descubrió el caballito de cartón tomado a hurto por una viejecita, y como ésta rompiese en llanto acongojada de servir de modo tan vergonzoso la ambición de un nieto que con ella iba, veinte manos se tendieron en el acto para pagar el importe del juguete. Y en el grupo de dadivosos estaba Augusto d'Almar, el escritor, marino y diplomático chileno, ferviente enamorado de España, muerto cuatro o cinco años atrás en su tierra natal, donde un monumento público perpetúa su memoria.

Por allí, cerca de Madrid-París, en la calle del Barco, frecuentaba el novelista un hogar amigo, que de comensal lo tenía la Nochebuena. Era una casa modesta, de la artesanía medianamente acomodada. Nadie había puesto más cuidado que d'Halmar en la instalación del nacimiento, al fondo del pequeño comedor, sobre un trincherero ampliado con la adición de unas tablas. Horizonte y montañas de cartón, prados de musgo, riachuelos de papel de estaño, casucas aldeanas y espolvoreo de harina mintiendo nieve. En el cerro más alto y más lejano, la caravana de los Reyes de Oriente. El del semblante de ébano, el de las guedejas rubias, el de la barba de armiño, montados en sus dromedarios, hacían su primera jornada por el camino de Belén. En el lado opuesto, el palacio de Herodes, guardado por soldados de lanza bruñida. Por todos los senderos, pastores y rebaños, y en el centro, rodeado de figuritas genuflexas, el establo, con su techumbre de paja. La Virgen María y San José oraban a los lados del niño que, abiertos los bra-



zos, irradiaba en la estancia todo el júbilo candoroso de la noche de Navidad.

Era un matrimonio joven y eran cuatro hijos párvulos. Y eran dos abuelos senectos, de cabeza cana y manos temblorosas, y una criada adolescente, a quien la dueña de la casa hacía sitio a su lado, en torno a la mesa de la cena. Y entre los cuatro hijos, un huerfanito pobre, al que nadie llamaba más que Jesús, aunque su nombre fuese otro. Y cuando todo estuvo dispuesto en el panorama minúsculo, el padre de familia alzó en sus brazos al niño traído por él de un asilo para honrar su morada y lo llevó ante el portal de Belén :

—Tú, Jesús, pon ahí la estrella, y ponla bien alto para que nos alumbre a todos.

Hubo un alborozo de voces y de risas infantiles. Y la abuelita, un poco niña en la emoción de la hora, cantó también su villancico, dulce y alegremente :

*La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va...*

Ni el frío de la calle, ni el estridor del «jaz-band», ni el estrépito gentilicio entraban en aquel hogar, abroquelado contra todo lo externo por el amor al culto de los progenitores.

Pasaron los años y vino otra Nochebuena triste y sombría. Esta vez era en una casa del bulevar. Madrid se desangraba, con las venas abiertas por el odio fratricida. Pero tampoco en aquel improvisado refugio de perseguidos entraba el aire de la calle, estrechado por el tableteo de las ametralladoras y el retumbar de los cañones. Mediada la noche, un fugado de las checas, el Padre Máximo, hoy Superior de los Hijos de María Inmaculada, nos dijo la misa y nos dió a besar el niño. Y entre nosotros estaba una madre igual a la de aquella noche ya tan lejana de la calle del Barco, que había visto marchar a sus dos hijos a la aventura incierta de atravesar las trincheras y alistarse en la Cruzada de la Liberación de España. Fué ella quien cantó el villancico y, resplandecientes de fe los ojos, suplicó ante el portal de Belén que centraba el altar :

—¡ Jesús, haz que la estrella nos alumbre de nuevo !

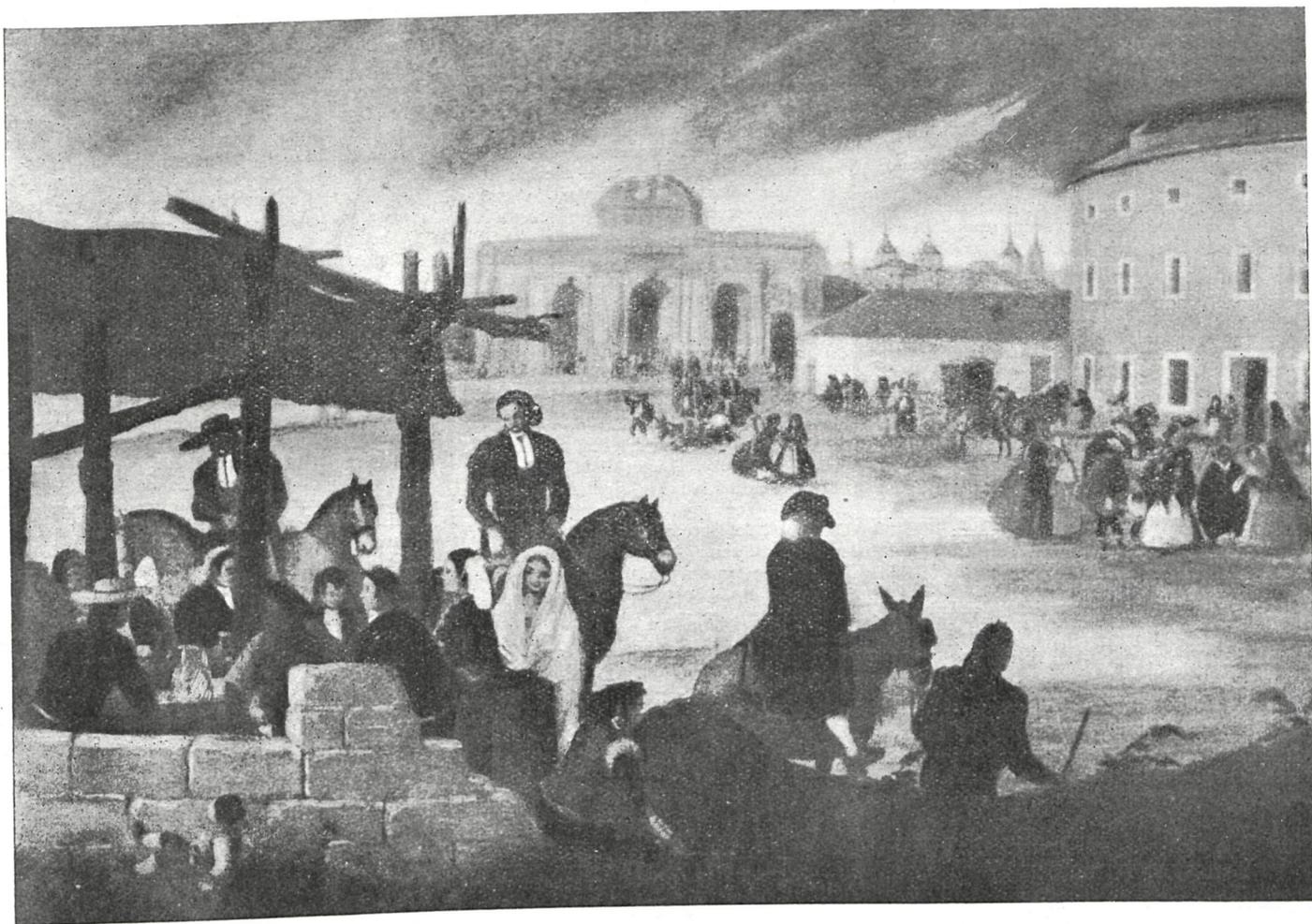
Y la estrella ha vuelto a iluminar la casa, donde los hijos rehicieron su vida y los padres comienzan a envejecer. Y otras voces infantiles cantan en torno al nacimiento :

*Suenen las panderetas,
ruido y más ruido...*

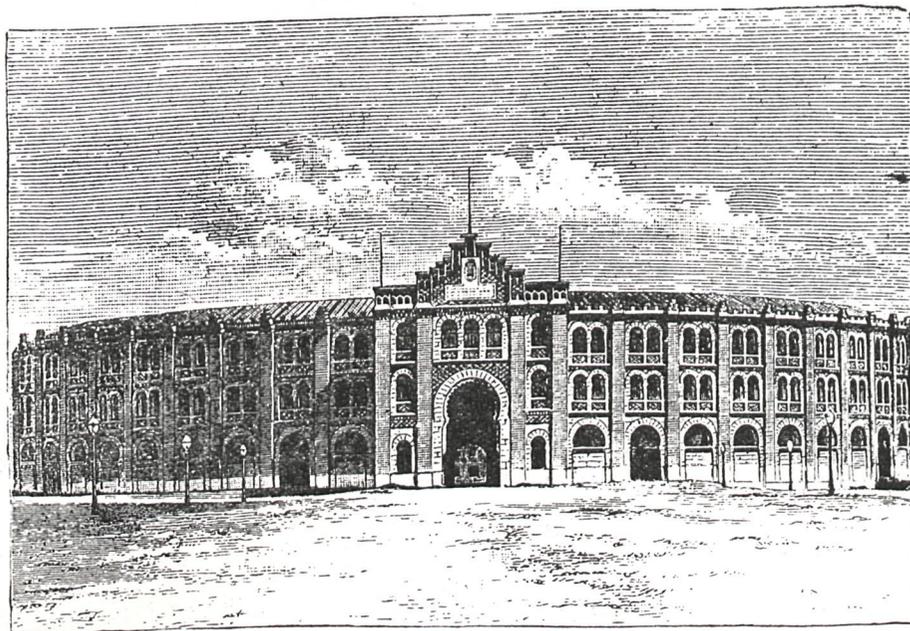
En lo alto, la estrella y la voz del ángel anunciador de la paz en la tierra a todos los hombres de buena voluntad.

M. BARBEITO-HERRERA

LAS PLAZAS DE TOROS DE MADRID



«Tarde de Toros», cuadro de Gómez Díaz, en cuyo ángulo derecho destaca la arquitectura de la Plaza de Toros que fué conocida con el nombre de la Puerta de Alcalá, obra del famoso arquitecto Ventura Rodríguez y del no menos ilustre D. Fernando Moradillo. El grabado inferior reproduce la bella fisonomía, de estilo mudéjar, de la Plaza instalada en lo que hoy es final de la Avenida de Felipe II. Primero tuvo un aforo de 12.605 localidades, que después se elevó hasta la cifra de 13.210 espectadores, con Palco Regio y Palco de la Diputación Provincial.



CUENTAN las crónicas que Felipe III ordenó en 1617 al Arquitecto señor Gómez Mora la construcción de los edificios de la plaza Mayor, de tal forma que fuese factible dar en ella fiestas de toros, pudiendo presenciarlas desde los balcones sin necesidad de colocar andamios y tribunas, que no ofrecían la natural seguridad. Desde entonces, allí se celebraban las Fiestas Reales de Toros con diferentes motivos, en especial por la elevación al Trono de los Monarcas y por la jura de los Príncipes de Asturias.

Después empezaron a construirse Plazas provisionales de madera (Sevilla, Madrid y Ronda), y con respecto a Madrid, el Rey Felipe V concedió autorización para construir una Plaza de Toros de madera, que se inauguró en julio de 1743, y que fué la conocida por la de la Puerta de Alcalá. Por Real Cédula de 1749, y siendo Corregidor de Madrid el Marqués de Rafal, el Rey Fernando VI erige de su peculio particular, y en

el mismo sitio en que estaba la referida Plaza, otra de obra de fábrica, que por Real decreto de 8 de octubre de 1754 dona a la Congregación de los Hospitales Generales.

Antes se erigieron otras en varios sitios de Madrid, como cerca del palacio de los Duques de Medinaceli, junto al Soto de Luzón, en el camino de Alcalá de Henares, en Atocha y la que se llamó de Hortaleza.

La Plaza de Toros de la Puerta de Alcalá se edificó a la entrada de la calle de Serrano, y entre ésta y la de Claudio Coello, en lugar que ocupa el primer grupo de casas que existen en la actualidad, en terrenos del antiguo Quemadero, y en la Real Cédula se especificaba que era propiedad de la Junta de Hospitales de Madrid y que podían explotarla, bien directamente, o bien arrendarla a otras personas o entidades, según conviniese, y con sus productos aumentar la dotación de los mismos, confirmándolo en carta-privilegio que expidió en el El Escorial el 5 de noviembre de dicho año. Los arquitectos directores fueron el famoso don Ventura Rodríguez y don Fernando Moradillo, inaugurándose, aunque sin terminar, el 30 de mayo de 1754, siendo concluida el año 1833, en el cual se cambiaron los tendidos de madera por los definitivos de piedra. La cabida era para 12.000 personas cuando fueron los tendidos de madera y 2.000 menos cuando se cambiaron por los materiales de albañilería, constando, además de los tendidos, de gradas cubiertas y 111 palcos, incluido el regio. El 17 de agosto de 1874 se inició el derribo de esta Plaza.

* * *

La segunda Plaza de Toros, conocida por la de la carretera de Aragón, se construyó bajo la dirección de los arquitectos don Emilio Rodríguez Ayuso y don Lorenzo Alvarez Capra, y su coste fué de tres millones de reales, interviniendo en la operación financiera el renombrado banquero Marqués de Salamanca, que cambió los terrenos de la vieja Plaza de la Puerta de Alcalá por el solar que ocupó en la carretera de Aragón, que pertenecían a los herederos de doña Isabel Beltrán de Lis, y siendo Alcalde de Madrid el Conde de Toreno. La Plaza tenía tres pisos y la construcción fué de estilo mudéjar, redonda por el exterior, de ladrillo ordinario, y los tendidos de piedra de sillería con la armadura de hierro. Primero tuvo un aforo de 12.605 localidades, y después, hasta 13.210 espectadores, con palco regio, palco de la Diputación y el presidencial; servicio completo de corrales, doce chiqueros, caballeriza, enfermería, capilla, oficinas, almacenes, viviendas y, en general, cuantas dependencias se necesitaban para la buena

marcha de los festejos. El diámetro del suelo era de 60 metros y el ancho del callejón de 2,20 metros.

Fué inaugurada el día 4 de septiembre de 1874, lidiándose diez toros, dos de cada uno de los siguientes ganaderos: Duque de Veragua, don Manuel García Puente y don Carlos López Navarro, y uno de don Antonio Hernández, don Ildefonso Núñez de Prado, don Anastasio Martín y don Antonio Miura, actuando de matadores Bocanegra (primero y noveno), Lagartijo (segundo y décimo), Curruto (tercero), Frascuelo (cuarto), Villaverde (quinto), Chicorro (sexto), José Machío (séptimo) y Valdemoro (octavo). El gran dibujante Perea publicó en la *Ilustración Española y Americana* sobre esta corrida de inauguración una interesante alegoría.

El día anterior, después del encierro de los dos toros de Veragua y del de Hernández, se escapó uno de los de Navarro, llamado «Traidor», que dió una vuelta alrededor de la Plaza llena de gente a pie, en carruajes y a caballo, que allí se encontraban, no ocurriendo milagrosamente una desgracia, recogiendo los cabestros, que volvieron a enchiquerarlo. Presidente de la corrida fué el Alcalde de Madrid, señor Marqués de Sardoal, y entre el público se encontraban don José Santa Coloma («El Aficionado Pilatos»), director de *El Tabano*; don Leopoldo Vázquez Rodríguez, director de *El Arte de la Lidia*; don José Sánchez de Neira; los redactores del *Toreo*, señores Hiráldez, Ayustante y Cordero; don Gregorio Barragán («Alias»), revistero taurino de *La Discusión*; don José Carmona, director del *Boletín de Loterías y de Toros*; don Antonio Peña y Goñi («El Tío Gilena»), redactor taurino de *El Imparcial*, y en el palco regio, el Capitán General don Francisco Serrano Domínguez, Duque de la Torre.

Los toros tenían los siguientes nombres: primero, «Toruno», de Veragua; segundo, «Cazador», de Hernández; tercero, «Vinagre», de García Puente, primer toro fogueado en esta Plaza; cuarto, «Machito», de Núñez de Prado; quinto, «Fortuno», de Anastasio Martín; sexto, «Lechuzo», de Miura; séptimo, «Boticario», de López Navarro; octavo, «Rondeño», de Veragua; noveno, «Capuchino», de García Puente, y décimo, «Traidor», de López Navarro, que también fué fogueado. El primer torero que con traje de luces pisó la arena de esta Plaza fué Manuel Mejías «Bienvenida», padre del después «Papa Negro» y abuelo de los actuales del mismo alias, el cual iba de banderillero con Bocanegra. Durante los preliminares y parte de la corrida estuvo lloviendo y el beneficio líquido fué de 43.273 pesetas con 89 céntimos.

* * *

La tercera y actual Plaza de Toros, la de las Ventas, fué dirigida por el Arquitecto don José Espelú y construída por la Diputación Provincial, siendo inaugurada oficiosamente el 17 de junio de 1931, en corrida benéfica para contribuir a la solución del problema del paro obrero, lidiándose ocho toros de distintas ganaderías donados por los ganaderos don Juan Pedro Domecq, don Julián Fernández, don Manuel García, señora Viuda de Concha y Sierra, don Graciliano Pérez Tabernero, Hijos de don Andrés Coquilla, señor Conde de la Corte y don Indalecio García, actuando de matadores los diestros Fortuna, Marcial Lallanda, Villalta, Fausto Barajas, Fuentes Bejarano, Vicente Barrera, Armillita Chico y Manolito Binvenida.

La construcción de esta Plaza es de estilo muzárabe, estando en ella representada en cerámica los escudos de todas las provincias españolas, así como bellos motivos ornamentales, a base de muros exteriores de fábrica de ladrillo y entramado metálico.

La inauguración oficial fué el 21 de octubre de 1934, lidiándose seis toros de doña Carmen de Federico por Juan Belmonte, Marcial Lallanda y Joaquín Rodríguez «Cagancho». El ruedo tiene 60 metros de diámetro y el callejón tiene 2,20 metros de ancho, siendo la cabida para 23.000 espectadores, distribuídos en tendidos bajos y altos, gradas y andanadas, así como palcos, uno central para el Jefe del Estado y los de la Diputación y Ayuntamiento, así como el presidencial.

* * *

PLAZA DE TOROS DE TETUAN DE LAS VICTORIAS.—El año 1870 un popular vecino de esta extensa barriada, conocido por don Ramón «el Secretario», empezó a edificarla, y no la vió terminada por haber muerto violentamente a manos de unos desconocidos, siguiendo las obras unos vecinos de la misma apellidados González, los cuales destinaron el edificio para encerrar ganado que venía de los pueblos limítrofes a ser sacrificado en el Matadero de Madrid. Después de algunos festejos de poca importancia, se inaugura oficialmente el 11 de octubre de 1900 con una corrida mixta, en la que se lidiaron cuatro toros de don Félix Gómez para Antonio Montes y dos novillos de la misma ganadería para José Palomar («Palomar Chico»). La capacidad primitiva fué para 7.000 personas y después, en sucesivas reformas, se amplió hasta 9.000 espectadores, desapareciendo esta Plaza en nuestra pasada Guerra de Liberación.

* * *

PLAZA DE TOROS DEL PUENTE DE VALLECAS.—El 23 de septiembre de 1884 se inauguró a la entrada del pueblo de Vallecas y a unos dos kilómetros del Puente. El redondeo tenía 35 metros de diámetro y el callejón 1,80 metros, constando de cuatro tendidos, grada, palcos, caballerizas, seis chiqueros, desolladero y carnicería, así como corrales.

* * *

PLAZA DE TOROS DE VISTA ALEGRE (Carabanchel Bajo).—El 10 de agosto de 1906 se iniciaron las obras de construcción, siendo inaugurada el 15 de julio de 1908 con una corrida de cinco toros del Marqués de los Castellones y uno de Olea, actuando de matadores Ricardo Torres («Bombita»), Rafael González («Machaquito») y Rodolfo Gaona, siendo la corrida a beneficio de la Asociación de la Prensa, tomando parte desinteresadamente, dado el fin benéfico, «Bombita» y «Machaquito», que ya estaban retirados de la profesión. Esta Plaza es conocida en los anales taurinos con el nombre de «la Chata», por ser baja de fábrica, y tenía una cabida para 8.000 espectadores, habiéndose hecho importantes reformas de ampliación y embellecimiento después de nuestra Cruzada de Liberación, dándose actualmente corridas de toros y de novillos durante la temporada taurina y siendo, por lo tanto, la segunda Plaza de Toros que tenemos en Madrid.

José M.^a GUTIERREZ BALLESTEROS
Conde de Colombí.



La tercera y actual Plaza de Toros es la de las Ventas, proyectada y dirigida por el arquitecto D. José Espelú y construída por la Diputación Provincial. Fué inaugurada el 17 de junio de 1931, siendo capaz para 23.000 espectadores.

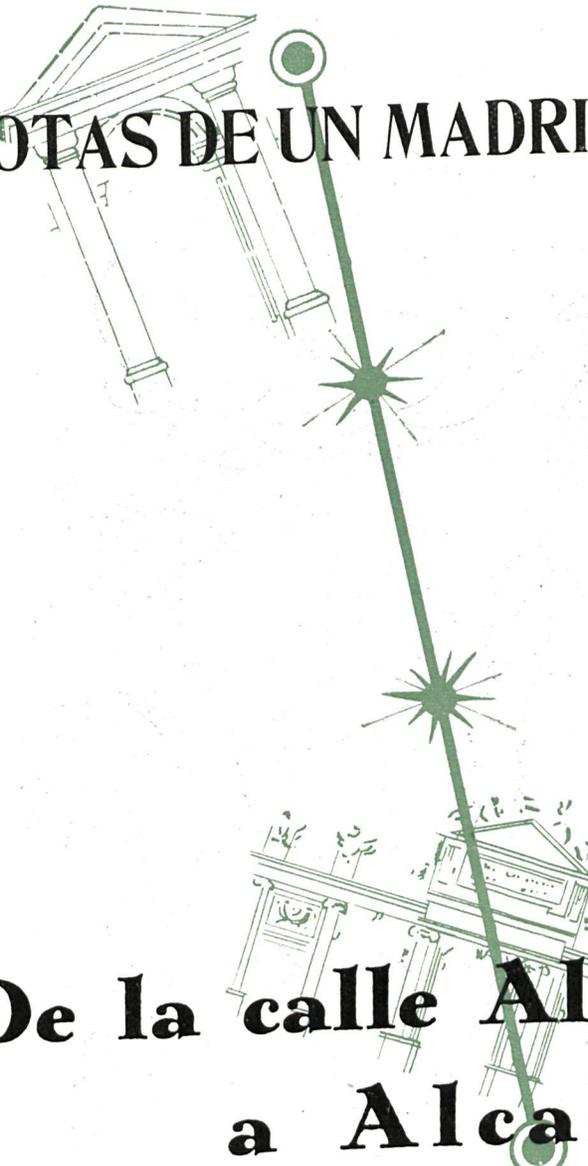
DE la ça Alcalá a Alcalá de Henares no hay más de media hora de automóvil; cuarenta minutos si no se corre; sin embargo, es el viaje del mundo afanoso al plácido mundo donde en la plaza, que supongo que se llama de Cervantes, toca la música del Regimiento de Paracaidistas, pasean las chicas, los mozállones discuten del fútbol y a la puerta del Hotel Ulm, su dueño, un señor alemán, lee el periódico que le trae nostalgias de su tierra, las pequeñas noticias

mentos para volver a salir a la luz como si fueran a casarse en Los Jerónimos con «lunch» de Chicote al final; es decir, para lucir chaquets o americanas de corte que daba gloria verlas.

Las calles alcaláinas, por donde Cervantes jugara al marro y el Cardenal Ximénez de Cisneros pasó en carroza, no sé si de tiros largos o cortos, estaban llenas de gentes llegadas en autocares, en automóviles y de a pie. Los de a pie habían venido por un partido de fútbol;

los otros, por Cervantes; los poetas, el almuerzo y los premios. No tocaba la banda, pero paseaban los soldados con sus boinas que hasta hacían volver la cabeza a alguna poetisa; el Doctor Gonzalo Rodríguez Lafora salía de ver la Casa de don Miguel y luego entraba a comprar almendras; Eugenio Montes llegó con un joven del Perú. Eugenio había parado en una cafetería del camino, antaño venta, y les habló a sus acompañantes de cómo en los tiempos del Cardenal había por allí más sitios que ahora para tomar vino y darle a diente. Eugenio fué vestido con traje azul, pero llevó maleta con frac, banda y condecoraciones. Tomó habitación en el Ulm y, por cierto, el dueño no le cobró al saber quién era. «Le admiro a usted mucho; le leo desde Berlín.» La verdad es que uno sintió de verdad que el señor hotelero, en vez de ser de Munich o Heidelberg —no sé de dónde es el simpático hotelero—, no fuese de aquí, ya de la calle de Alcalá, ya de Alcalá de Henares; bueno, o de la provincia de León, pongo por caso.

Pero volvamos a Alcalá para anotar que el escaparatismo alcaláino estuvo



NOTAS DE UN MADRILEÑO

De la calle Alcalá a Alcalá de Henares

de que se ha casado la hija de un convecino o que éste ha muerto.

Alcalá de Henares se transformó en la mañana del domingo madrileño en un poco la calle de Alcalá, en otro poco en la de Velázquez, allá por donde la Diputación tenía su casa; se convirtió su café de la plaza —siento haber olvidado su nombre— en el Comercial, de la glorieta de Bilbao, allí donde tenía su puesto principal don Pedro Mourlane Michelena; se convirtió un poco en el Gijón, que para eso estaban allí los poetas, primero vestidos de chicos jóvenes, casi deportistas; luego, a la tarde, desaparecieron unos mo-

muy bien, ya que donde no estaba Cisneros entre chismes de baño, se encontraba Cervantes flanqueado de garrapiñadas.

Banderas, carteles, anuncios de cine y otros del fútbol; por las calles, guardias urbanos llegados de Madrid, con mucha cortesía y poco saber de por donde se iba a la Universidad o a la Hostería. Coches del PMM, la moto de Pastor, el cochecito gris de Enrique de Aguinaga, Eugenia Serrano con un gabán tremando, Lope Mateo ya con unos versos que leyó cuando todos andábamos firmando las nóminas de los premios, Manolo Pombo multiplicándose, Casares y su

puro, Manuel Blanco Tobío haciendo predicciones electorales americanas.

Día ciudadano el de Alcalá, con gente conocida y un marqués para el protocolo. Buen almuerzo, buenos vinos y discursos varios. La Casa de Cervantes con un aire como si don Miguel acabara de salir para ir a jugar en la plaza, como si el padre acabara de operar a un sujeto y la madre de rezar el rosario. Ahora

Un americano, Carranza, terminó leyendo a Azorín en un tomito de la Colección Austral; un gallego, Eugenio Montes, con prosa de romance y aire de soneto, cantó a Alcalá la antigua y al señor Cardenal. Cayó la noche y los cafés alcalaínos se llenaron de gente. Por un lado, los labriegos; por otros, las parejitas que salían del cine; por otro, las gentes que habían venido de Madrid que esperaban la hora del teatro. La «Nu-



lo que hay que hacer es que la Casa cervantina tenga propaganda en el mundo como la tienen en otros lugares la de otros grandes, otros grandes menos grandes que él.

Por la tarde, unos iban al fútbol, otros a las justas literarias, en donde había maceros, señores con frac, donde brillaba la muceta amarilla de Jesús García Orcoyen, llegado de Madrid entre un parto y una cesárea; la azul de don Cayetano Alcázar, jocundo cual el buen Arcipreste de Hita, que Demetrio Castro Villacañas, muy de chaquet —adiós, juventud creadora—, sacó al aire de la cátedra donde Cisneros explicaba y otros ingenios tomaban apuntes de sus lecciones.

mancia», de don Miguel de Cervantes, en la plaza. Heroísmo y frío; frío más que nada, y luego la calma y el soñar de los alcalaínos de que las gentes de la ciudad, los grandes y los chicos se preocupan por ellos. La preocupación que no es la de un «día», Día de la Provincia, sino la de todos los días. Y de esa preocupación de todos los días, de esa preocupación que tiene a Valdavia por capitán como los cadetes de la Gascaña tenían a Carbón, nacen estos Días de la Provincia, y la provincia camina hacia delante, tomando en lo material, no en lo espiritual, aires ciudadanos.

JUAN SAMPELAYO

PAISAJES DE LA PROVINCIA



UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

(Foto Loygorri)

El patio trilingüe de la Universidad alcalaína, por el que se accede al Paraninfo, conserva, aún, las huellas de su pasado esplendor.

Ved esas piedras que dora el sol; a su sombra, los doctos y estudiantes de la época fueron forjando el prestigio científico de España. Entre el verdor y lozanía de sus plantas, apoyados en el brocal del pozo, dialogaban en griego, asirio y caldeo y sus palabras tenían resonancia universal.

En las doradas mañanas y en los crepúsculos violeta de Alcalá de Henares, el ánimo queda en suspenso, en este patio trilingüe, ante el recuerdo de hombres que se formaron entre esas piedras y que dejaron una huella profunda en la historia de España.